

8 de agosto.

*Me he levantado hacia las 4 de la madrugada y he ido a pasear por la orilla del mar. Me he sentado sobre una roca a esperar que se hiciera de día. Cuando empezó a clarear, la luz no venía de arriba, sino de las rocas de los alrededores, como si estuviera oculta tras ellas y esperara la mañana para salir. Esta transfiguración de la materia, tan bella, tan irreal, hizo que olvidara las amargas reflexiones con las que suelen iniciarse todos mis insomnios. Cioran, "Cuaderno de Talamanca" (ed. Pretextos, 2002).*

Hemos aventurado que, en el quehacer errático y tentativo en que consiste la tarea interminable de los artistas, se pueden distinguir con cierta precisión ubicaciones resonantes que jalonan una especial geografía de conmociones estimulantes. Hemos llamado a esas ubicaciones lugares genealógicos después de comprobar, hasta donde es posible, su entidad fenoménica genérica en distintas modalidades poéticas. Entendemos estos lugares como situaciones simbólicas y metafóricas diferenciales, como ámbitos estacionales de especial patetismo. Y hemos distinguido entre ellos el que denominamos "lugar de las figuras de luz". Ámbito que se abre paso después de haber entrado en el lugar de la niebla. Paisaje de resplandores, de fuegos, de focos de calor. De destellos, de grietas luminosas, de vacíos brillantes que trocean la oscuridad. Del amor en ciernes, de la determinación de amar. Desde el lugar de las figuras de luz, incluido en la matriz de las tinieblas, abrir poco a poco los ojos supone volver al paisaje de las apariencias que obstaculizan y roturan el mundo. En el lugar de las figuras de luz se desvela la naturaleza envolvente de la arquitectura. Y para amar algo, ¿qué basta? ¡Vislumbrarlo! El vislumbre; he aquí la intuición amorosa, la vislumbre en la niebla. Luego viene el precisarse, la

visión perfecta, el resolverse la niebla en gotas de agua o en granizo, o nieve, o en piedra. La ciencia es una pedrea. ¡No, no, niebla, niebla! ¡Quién fuera águila para pasearse por los senos de las nubes! Y ver el sol a través de ellas, como lumbre nebulosa también. Miguel de Unamuno, “Niebla” (ed. El País, 2002).

Un día, explorando nuestras figuras de luz me crucé con las de Ricardo Santonja. Nos reconocimos en la penumbra. Estábamos en el mismo emplazamiento temático. Y nos congratulamos. En esta exposición, Santonja sigue insistiendo en el mismo emplazamiento enigmático donde el caos se descompone y el mundo se reorganiza. Y nos muestra obras que son imágenes del despertar de la apariencia, de la mirada que vislumbra su propio mirar cuando se asombra ante el milagro de la luz. Obras que nosotros entendemos muy próximas desde nuestra inquietud que explora los presupuestos de la arquitectura a partir del quehacer artístico.

*Javier Seguí*

Arquitecto Catedrático de la Universidad Politécnica de Madrid. Jefe de Departamento de Ideación Gráfica en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid